

Manzoni, poeta cristiano

No hace mucho tiempo decía el Santo Padre, y lo ha repetido varias veces, que Alejandro Manzoni por su elevación y su genio, bien podía compararse con Dante, lo que equivale a decir que entre los poetas cristianos de todos los siglos, y de todas las naciones, ocupa ciertamente el célebre poeta lombardo un puesto de nobilísima vanguardia. Y si alguno, con un poco de ironía, me preguntase, que si en estos juicios el Papa también es infalible, yo no tendría inconveniente en contestarle afirmativamente con una distinción: en este juicio el Papa es infalible, no con la infalibilidad que para su alto cargo le ha prometido Dios, pero sí con esa infalibilidad que le da la ciencia, que le da su profunda cultura, que le da el conocimiento que tiene de la literatura universal, que le da el haber pasado su vida entre libros, en Milán como prefecto de la Biblioteca Ambrosiana, y en la Vaticana después. Con razón hombres de ideas no católicas como D'Anunzio, han podido llamarlo "hombre docto y erudito".

La ignorancia del Italiano entre nosotros, que no pecamos ciertamente por el conocimiento que solemos tener de los idiomas extranjeros, hace que sean poquísimos los que se puedan dar el gusto de saborear a Manzoni en sus escritos, en sus odas, en sus himnos, y sobre todo en su celeberrima novela "*I Promessi Sposi*" para leerla en el idioma original fuera del cual pierde sus tres cuartas partes de belleza una obra que yo no dudaría en poner entre las primeras de la novelística mundial. Qué maravillosa descripción de caracteres, qué soberano decir en esos diálogos que retratan al vivo un pueblo de artistas empapado en las bellezas de la naturaleza y de la gracia, qué furibundo condenar los vicios de una época en que Italia, en manos de extranjeros tenía que soportar legiones de bandidos como aquel Don Rodrigo, que personifica una casta, o como los soldados que por esos tiempos enviaba España a la penín-

sula del Adriático y que con tanta frecuencia *"insegnavan la modestia alle fanciulle e alle donne del paese, acarezzavan di tempo in tempo le spalle a qualche marito, a qualche padre, e sul finir dell'state, non mancaban mai di spandersi nelle vigne per diradar le uve e alleggerire a' contadini le fatiche della vendemia"*.

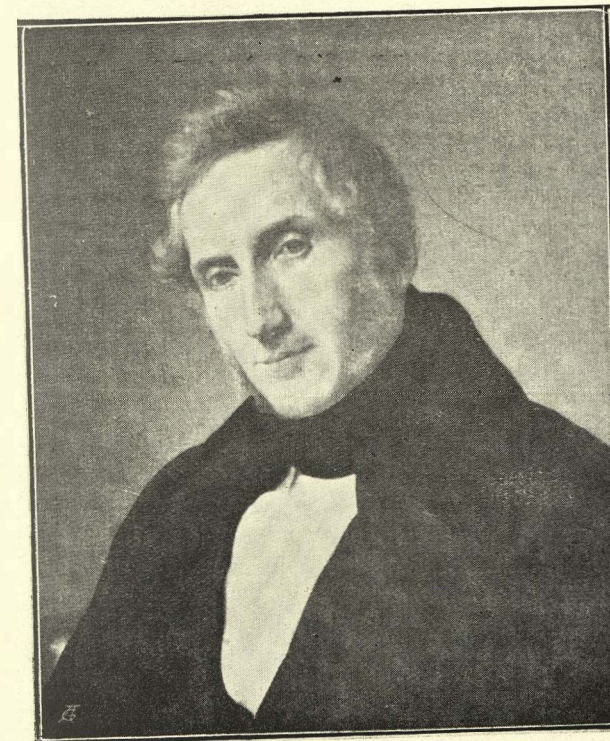
Si no fuese aquello un puro lugar común, yo diría que el pincel con que nos dibuja Manzoni todos sus personajes, valga decir: Don Rodrigo, el P. Cristóbal, Inés y Lucía y sobre todo el infeliz Don Abundio, supera en mucho a los de Rafael y Miguel Angel.

Y esto por no hablar de la espléndida figura del Cardenal Federico Borromeo, quien, como dice Manzoni, "en cualquier tiempo hubiese sido ya un hombre extraordinario, empleando como lo hacía su ingenio egregio, los medios que le brindaba una grande opulencia, las ventajas de su condición privilegiada..... en la búsqueda y el ejercicio de lo mejor"; ese santo varón que convencido de que la vida no es un peso como lo es para muchos, ni una fiesta continua como lo es para otros, sino un empleo del cual a su debido tiempo todos tendremos que dar cuenta estricta, desde niño empezó a ver cómo hacía la suya útil y santa. (1)

Mas dejando a un lado el novelista, mi deseo es pasar someramente siquiera por la obra del Manzoni cristiano.

La cultura religiosa de Manzoni era más que regular, era profunda y estaba empapado en la ciencia sagrada por antonomasia. Es cierto que si en su juventud, mejor, en su adolescencia, fue volteriano en religión y demagogo en política, de él no salió nunca una sola palabra que ofendiese siquiera el credo de la Iglesia Romana (2).

En una carta escrita el 2 de julio de 1850, decía el Barón Segismundo Trechi, gravemente enfermo y muy apartado de Dios: "..... Dios, que con tantos dones te ha favorecido, y que con tantos buenos sentimientos te enriqueció, hoy más que nunca te invita a salir de una duda angustiosa y funesta; pronto está a ayudar tus esfuerzos y a recompensarlos inmediatamente con dulces consuelos: así son las ri-



ALEJANDRO Manzoni

(1) c. XXIII.

(2) Enrico Fabris: *I giansenisti nella conversione della famiglia Manzoni*.

quezas de su misericordia! ¡Oh, escúchalo, secúndalo, mi querido Segismundo. Quien hoy así te ruega, experimentó alguna vez, desgraciadamente, el sentirse alejado de El, pero en los cuarenta años que hace que fui por El inmercidamente llamado, sabes igualmente que ni un momento he dejado de bendecir esa llamada....” Era pues éste un hombre que por lo mismo que sentía tan íntimamente los consuelos de su fe, amaba el conocerla e instruirse en ella profundamente; conocía a San Alberto Magno, conocía a Santo Tomás, conocía los apologistas de su tiempo, los leía en latín, si en ese idioma habían escrito, y gozaba hablando de ellos y de su estilo. La poesía religiosa de Manzoni está, pues, íntimamente empapada en la más rigurosa ascética y en la más exquisita piedad; cosa que es por cierto muy de admirar, ya que a principios del siglo pasado el Jansenismo hacía verdadera riza en la vida religiosa de los fieles, pues de esa peste estaban contagiados no sólo muchos escritores católicos sino también sacerdotes y prelados.

En 1815, cuando eran poquísimos los escritores de verdadero mérito, cuando Fóscolo cerraba su siglo con sus “Gracias”, y Romagnosi enviaba a las generaciones por venir el pensamiento de su época, aparecieron en un folleto aparte los “Himnos religiosos” de Alejandro Manzoni, en los cuales muy pocos por cierto pararon mientes. Era la apertura de una generación nueva que contaba con escritores casi místicos como Pellico, Grossi, Berchet y otros, y con ellos y con Manzoni se ponía de moda, como dice De Sanctis, el nuevo vocabulario filosófico, literario y político. Los dos enemigos eran el materialismo y el misticismo. Al derecho de la naturaleza se oponían los derechos de lo divino; a la soberanía popular, la legitimidad; a los derechos individuales, el estado; a la libertad desencadenada, la autoridad y el orden. El cristianismo, que hasta ese día había sido el blanco de todos los dardos, se convirtió en el centro de todas las investigaciones filosóficas, y en el estandarte del progreso social. Religión, fe, cristianismo, ideal, infinito, espíritu, trono, altar, paz, orden, fueron las primeras palabras del nuevo siglo. A Voltaire, a Rousseau, sucedían Chateaubriand, Stael, Lamartine, Víctor Hugo, Lammenais, y fue justamente en esta época cuando salieron a la luz los “*Inni Sacri*” de Manzoni.

Abundaban en esos días los cantos a Jesús y a María,

pero eran aquellos cantos sólo para el día y con el día habían de morir. Estaban desposeídos de inspiración, de esa inspiración que caracterizó a los santos Padres, a Dante, a Petrarca, o la que elevó a regiones ultraterrenas a Fra Angélico con sus frescos divinos de la abadía de San Marcos.

De Sanctis trata de quitar a Manzoni el mérito de inspirarse en temas puramente cristianos por el hecho de ser cristianos. Para él el poeta lombardo busca la belleza para su inspiración, la encuentra por ejemplo en el nacimiento de Cristo o en la venida del Espíritu Santo y toma fríamente aquellos temas para escribir sus Himnos. "Lo que mueve al poeta no es la santidad —dice él— sino lo misterioso del dogma. Lo sobrenatural no lo recibe con recogimiento o simplicidad de creyente... no se trata, pues, de un credo, es un motivo artístico" (3). A este respecto me acuerdo de una anécdota que se cuenta en la vida de Manzoni: en cierta ocasión una comparsa de malos actores, resolvió poner en las tablas el argumento de "I Promessi Sposi", y a esta representación asistió el novelista; cuando todo terminó, los actores se vinieron en perfecto orden y suplicaron al maestro les dijera su opinión sobre la obra representada, a lo que él, con sonrisa benévola pero un tanto irónica, les contestó: "Ah, cómo me habéis asesinado!" A quien al estudiar a Manzoni quiera prescindir de su fe, de sus creencias religiosas, del espíritu cristiano que animó su obra y su vida, yo le contestaría lo que él contestaba a los actores de Milán: ¡Cómo lo habéis asesinado!

Que sus Himnos son la famosa tríade: *libertad, igualdad, fraternidad*, no tenemos inconveniente en concederle, más porque ese grito muchos siglos antes de que resonara en medio de una multitud apasionada y al son de los atambores asesinos y el chirrido de la guillotina, ya había sido pronunciado por los paladines del Evangelio con la diferencia de que aquellos atributos del hombre se buscaban sólo a la sombra de la Cruz, donde el divino Mártir daba con su sangre la libertad perdida, hacía a todos hermanos al redimir a los hombres, y en su Corazón sagrado los unía y los santificaba y era lo que El pedía al Padre en la noche de la cena: "*Ut sint unum...*", era lo

que Pablo de Tarso pedía al escribir sus epístolas a las diversas Iglesias fundadas o visitadas por él: "No veamos al esclavo como a un esclavo, sino como a un hermano carísimo en el Señor" (4).

De esta libertad es de la que piensa Manzoni, que es la libertad de los hijos de Dios; todo lo ve el poeta a través de un velo ultraterreno, sobrenatural, y en todo cree ver la mano de Dios que todo lo dirige y todo lo gobierna y es ésta concepción sobrenatural lo que hace justamente tan original su oda a la muerte de Napoleón, "*Il cinque maggio*", donde muestra que por grande que se el hombre no dejará de ser un instrumento del Creador. En sus manos tuvo el gran emperador los destinos de la Europa entera, y triunfante le vieron desfilar con sus ejércitos, las pirámides, las ondas del Manzanares y del Reno, y en todos los mares se reflejaron las doradas águilas de sus estandartes:

*Del Alpe a las pirámides,
del Rhin al Guadarrama,
lanzó tras el relámpago
él la celeste llama;
hirió de Scila al Tanais
y de uno al otro mar.*

Se pregunta el poeta si todo esto fue verdadera gloria y responde que a la posteridad le tocará decirlo; nosotros ahora nos contentamos con inclinar nuestra frente al Creador de todo cuanto existe, al "*Massimo Fator*" que quiso imprimir en nosotros una imagen de su espíritu. La gloria terrena, aunque sea la más grande a que el hombre pueda llegar, no es otra cosa en el cielo que "*silenzio e tenebre*" y por encima del rumor de los mortales está la paz de Dios. La oda termina con un bellissimo canto a la fe que hizo inclinar al deshonor del Gólgota la cerviz más arrogante que vieron los siglos, y que triunfó definitivamente sobre el gran caudillo que después de haberse sentado un día en medio de dos siglos como árbitro de ellos, tuvo en sus manos yertas la imagen de un Dios que humilla y que levanta, que afana y que consuela. Oigamos cómo traduce Hartzembusch estas dos estrofas:

(3) *Storia della letteratura italiana*: t. II, c. XX.

(4) E. a Filemón, v 16.

*Bella, immortal, benéfica
fe, doquier triunfante,
de un nuevo triunfo alégrate,
cerviz más arrogante
al deshonor del Gólgota
nunca se doblegó.*

*Libra los restos fléviles
tú de injurioso acento,
Dios que alza y postra, dándonos
tribulación y aliento
ya solitario el túmulo
al lado vigiló.*

Pero donde se muestra Manzoni poeta cristiano de altísimo vuelo, es justamente en sus "Inni Sacri" que son "Il Natale", "La passione", "La Resurrezione", "La Pentecoste", "Il nome de María", "Strofe per una prima Comunione" y "L'Ognissanti".

La introducción a "Il Natale" de puro sabor patrístico, no puede ser más elevada desde el punto mismo de la soteriología. Pinta el poeta un inmenso bloque de piedra que se desprende de lo alto de una sierra y con espantoso estrépito se lleva por delante lo que encuentra a su paso hasta que detiene en el fondo de un valle profundo. Y esta caída lo mantendrá al través de los siglos en su postración y envilecimiento, mientras una fuerza superior a él, lo levante "alla sua cima antica" y le haga gozar de su primer esplendor. Y de esta comparación pasa inmediatamente a describir la caída del primer hombre y el estado en que quedó después de su pecado. Es el concepto claro del pecado original que entre los católicos es un dogma y que es lo único que puede explicar satisfactoriamente la existencia del mal en el mundo; estando así el hombre por el suelo, ¿quien hay que tenga derecho a presentarse ante el Creador a pedir misericordia por su criatura infeliz? Habrá alguno, por ventura, que tenga derecho a hacer de nuevo un pacto conciliador y poner otra vez las cosas como estaban?

*Qual mai tra i nati al odio
qual era mai persona
che al Santo inaccessible*

*potesse dir perdona?
Far nuova patto eterno
al vincitore inferno
la preda sua strapar?*

Era la pregunta llena de angustia que de tantos siglos atrás se venía haciendo el mundo antes de la venida de Cristo. En vano el pueblo hebreo hacía correr a diario la sangre de las víctimas sobre el altar de los sacrificios, pues, aquellas víctimas no eran suficientes para aplacar la divina Justicia, más aun, esas mismas víctimas causaban a Dios hastío y repugnancia:

"Yo aborrezco y desecho vuestras festividades, ni me es agradable el olor de los sacrificios en vuestras reuniones; y cuando vosotros me presentéis vuestros holocaustos y dones, yo no los aceptaré; no volveré mi vista hacia las gordas víctimas que me ofreceréis en voto. Lejos de mí vuestros tumultuosos y estrepitosos himnos; yo no escucharé las canciones al son de vuestra lira" (5) exclamaba Yawueh por el profeta Amós.

Todos, pues, suspiraban por un redentor, y no sólo el pueblo de Dios sino el mismo pagano que no veía la hora en que cambiándose la faz del mundo volviera éste a sentirse en paz. Explíquese como se quiera la Egloga IV de Virgilio; lo cierto es que el poeta pagano siente la necesidad de un salvador que traiga un poco de paz a la tierra y que ésta se haga vivible finalmente, donde no todo sea odio de los unos a los otros, persecución y destrucción. Y es entonces cuando Manzoni, recordando las palabras proféticas de Isaías en las que promete al pueblo su Salvador: "Se nos ha dado un niño, nos ha nacido un hijo" (6) exclama:

*Ecco cé é nato un pargolo,
ci fú largito un Filio
le avverse froze tremano
al mover del suo ciglio:
All'uom la mano Ei porge,
che si ravviva, e sorge
oltre l'antico onor.*

A su solo parpadeo, pues, las fuerzas del averno tiem-

(5) Amós, vv 21-24.

(6) Rom. VI, 20.

blan, y éste es el que descendiendo de lo alto al seno de la Virgen, da la mano al hombre para levantarlo, pero no de una manera cualquiera, no para colocarlo en el trono de grandeza que había perdido, sino para encumbrarlo "oltre l'antico onor": infinitamente más. Era lo que exclamaba San Pablo: "cuanto más abundó el pecado, tanto más sobreabundó la gracia". (7).

El mundo se había convertido, cumpliéndose al pie de la letra la maldición divina, en un erial que no producía sino cardos y espinas, pero "en aquel día sucederá que los montes destilarán miel, y manarán leche los collados y correrán llenos de agua saludable todos los arroyos de Judá: y del templo del Señor brotará una fuente maravillosa que regará el valle de las espinas." (8)

*Delle mangioni eteree
sgorga una fonte, e scende,
e nel borron de'triboli
vivida si destende:
stillano melle i tronchi;
dove copriano i bronchi
ivi germaglia il flor.*

Pero en todo esto Manzoni no ve sino el cumplimiento de las profecías en las que los profetas hablan del deseado, de su venida, y cuentan hasta los días y las horas que faltan para su epifanía como lo hacía Daniel cuando "en las márgenes del babilonio río" cantaba: "Sábetse pues y nota atentamente: desde que saldrá la orden para que sea reedificado Jerusalén, hasta el Cristo Príncipe, pasarán siete semanas, y serán sesenta y dos semanas; y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Cristo, y no será más suyo el pueblo, el cual lo negará". Siglos más tarde la profecía se cumplía en todas sus partes en el Pretorio de Pilatos cuando ese mismo "pueblo" a voz en cuello gritaba: "no tenemos más rey que al César..." "pero en ese día —continúa el vidente de la casa de Nabucodonosor—: el Cristo afirmará su nueva alianza en una semana con muchos fieles convertidos, y a la mitad de esta semana cesarán los holocaustos y los sacrifi-

(7) Jozl, III, 18.

(8) Daniel 26-27.

cios y estará en el Templo la abominación de la desolación y durará la desolación hasta la consumación y el fin del mundo" (9) Más que una profecía parecen estas palabras una crónica de la entrada de Tito a Jerusalén, de cuya devastación más que su arco levantado en Roma está dando cuenta la historia misma del pueblo deicida. En "La Ressurrezione" Manzoni exclamaba:

*Ai mirabile veggenti
che narrarono il futuro,
come il padre ai figli intenti
narra i casi che già furo
si mostrò qual sommo sole
che parlando in lor parole,
alla terra Iddí giuro.*

*Quando Aggeo, quando Isaia
mallevare al mondo intero
che il Bramato un dí verria
quando assorto, in suo pensiero,
lesse i giorini numerati,
e degli anni ancor non nati
Daniel si recordó.*

Eso eran las profecías: la sencillez, la claridad y la precisión con que el padre narra los hechos ya pasados a sus hijos que lo escuchan atentamente. Y de tal manera está convencido el poeta de que el triunfo de Cristo es seguro, de que llegará un día en que todas las naciones se postarán ante su trono, de que sonará la hora en que, como decía San Pablo, en que al solo nombre de Jesús se doblará toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos, que hace terminar su oda al nacimiento del Señor con esta estrofa bellísima: Duerme, divino Señor, es verdad que el mundo no sabe todavía nada de tu nacimiento, pero llegará el día en que todos los pueblos de la tierra quedarán atados a tu carro triunfal y entonces en esa misma pobreza, te aclamarán por Rey:

*Dormi o celeste, i populi
chi nato sia non sano;
ma il dí verrà che nobile*

(9) Luc. I, 32.

*retaggio tuo sarano;
che in quell'umil riposo,
che nella polve ascoso,
conosceranno il Re.*

Aquí me parece escuchar las palabras del Angel a María, en aquella escena en la que tantas veces se inspiró divinamente Fra Angélico: "éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios, dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente". (10)

Por eso el poeta al cantar la Resurrección, exulta de alegría, pues ve ya el triunfo cumplido de Cristo; todo el pueblo también debe saltar de alegría, las madres deben engalanar a sus hijos con los más ricos de sus vestidos.

*Non é madre che sia schiva,
della spoglia piú festiva,
i suoi bamboli vestir.*

Sí, la alegría debe reinar en el pueblo, por el triunfo definitivo del Redentor, como canta la Iglesia misma el Sábado Santo en la célebre *Angeli* que desde el siglo XII, en una bellísima armonía gregoriana cantaba el diácono y que comienza: "Exulten en los cielos ya la turba de los ángeles, exulten ya los divinos misterios, y que resuenen por doquiera las trompetas para celebrar convenientemente la victoria de nuestro excelso soberano. Alégrese la tierra igualmente con tales esplendores irradiada y con el esplendor del Rey eterno iluminada, sepa que ha sido ya purificada de la mancha que todo el orbe cubría". Y esta alegría que debe reinar en el cielo y en la tierra, no puede ser más justa, pues como decía San Pablo: "Si Cristo no resucitó, vacía es nuestra predicación, vacía vuestra fe" Pero esa alegría debe ser sana, espiritual, toda santa; es el mismo Pablo quien lo dice: "..... Si habréis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba.... y hacedle morir los miembros del hombre terreno", (11) que es justamente lo que pide Manzoni:

(10) 1ª Cor. XX, 14.

(11) Coló. III, 1 ss.

*..Lunge il grido e la tempesta
De' tripudi inverecondi,
L'alegrezza non é questa
Di che i giusti son giocondi;
Ma pacata in suo contegno,
ma celeste come segno
Della giogia che verrà.*

Sí: el poeta cristiano goza con la Resurrección del Salvador, pero al mismo tiempo le inquieta el que hay todavía hombres que anden por los senderos de la incredulidad; a estos les recuerda que hay una promesa divina para aquellos que van en pos de Cristo, y que esos serán resucitados gloriosamente un día para participar del triunfo del Redentor.

*Nel Signor che si confía,
Col Signor risorgerà.*

De ahí ese amor del poeta por la Iglesia, cuyas tiendas por doquiera está viendo blanquear, y a la que llama en su entusiasmo Madre de los santos, imagen de la ciudad eterna, de la sangre incorruptible de Cristo conservadora eterna, quien, a pesar de tantas persecuciones, angustias, dolores y afrentas, extiende sus pabellones "del uno al otro mar":

*Madre d'santi: imagine
della città superna,
del Sangue incorrutibile
conservatrice eterna;
Tu che da tanti secoli
soffri, combate e preghi,
che le tue tende spieghi
dall'uno all'otro mar.*

Y con fervor del alma levanta su corazón y su mente, para implorar los dones y las luces del Espíritu Santo, sobre esa misma Iglesia, y que el fuego divino de ese mismo Espíritu, descienda de nuevo para calentar a los fríos, encender a los tibios, e iluminar a los que están muertos a la Gracia y andan en tinieblas. Desciende, pues, Amcr —dice el poeta— y amordaza las iras soberbias que te desconocen, y vivifícalo todo.

*Siccome il sol che schiude
dal pigro germe il fior.*

Para todos desea la luz del Espíritu Santo, para todos sus carismas, para todo su amor inefable. La quiere, pues, para sus hijos pequeñitos y que se manifiesta en la sonrisa de sus tiernos años, para que ilumine el rostro de la doncella y de la virgen, y del adolescente a quien todo le sonríe, y del hombre ya maduro, y del anciano que siente los pasos de la muerte:

*Spira de'nostri baboli
nell'ineffabil riso;
spargi la casta porpora
alle donzelle in viso,
manda alle ascose vergini
le pure giogie ascose;
consacra delle spose
il verecondo amor.*

Nada más solemne ni más grandioso que el Himno a la Pasión: éste aparece desde la primera estrofa envuelto en los violáceos cortinajes con que la Iglesia se adorna el Viernes Santo. Aparece allí el "varón de dolores, despreciado como un leproso" de que hablaba Isaías. El que puede sentarse a la diestra misma de la divinidad se nos presenta como un hijo cualquiera de Adán, compartiendo con nosotros la miseria y las humillaciones del pecado original; para sí quiso el desprecio, los dolores, la muerte y lo que es más: el que no tuvo una sola mancha aparece como un pecador:

*Quei che siedi sui cerchi divini
E d'Adamo si fece figliolo;
Né sdegnó coi fratelli tapini
Il funesto retaggio partir;
Volle l'onte, e nell'anima il duolo,
E l'angosce di morte sentire,
E il terror che seconda il fallire,
Ei che mai non conobbe il fallir.*

Y lo va siguiendo paso a paso en su camino de dolores y de angustias y de humillaciones con la fidelidad de

las mujeres santas que lo acompañaron hasta el Calvario meditando en las profecías que sobre el Cordero divino habían sido ya pronunciadas, lo ve agonizando en el huerto, siente cómo resuena en sus oídos el chasquido del beso traidor de Judas, y los latigazos de la turba y la soldadesca envenenada de odio y de envidia y ve horrorizado cómo esa Sangre divina, que para ellos y para sus hijos pedían sacrílegamente los judíos, ha seguido cayendo como una maldición sobre ellos:

*Su nel cielo in sua deglia raccolto,
giunse il suono d'un prego esecratos
i celeste copersero il volto,
disse Iddio: qual chiedete sarà.
E quel Sangue dai padri imprecato
sulla misera prole ancor cade,
che mutata d'etade in etade
scosso ancor dal suo capo non l'ha.*

Y termina con una doble plegaria de infinita ternura y compasión primero al Padre para que haga descender esa Sangre Divina como una "pioggia di mite lavacro" y luego a la Madre

*...che immota vedesti
un tal Figlio morir sulla croce,*

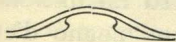
para que podamos por su mediación aprovecharnos de sus dolores y que ellos sean "pegno d'eterno goder".

Aparece aquí, pues, todo un cuerpo de doctrina, y de doctrina sacrosanta, como es la que la Iglesia enseña: unas veces es el pecado original que despeña al hombre en un abismo, y luego la Redención por obra de Cristo que lo levanta; otras es la Providencia divina que todo lo gobierna, que todo lo dirige, y que hace que nada suceda en el mundo fuera del plan divinamente propuesto ya por Dios desde la eternidad. Unas veces encontramos a la Iglesia vivificada por el Espíritu Santo, que la extiende "del uno al otro mar". Aquí la humildad del nacimiento del Redentor, otras veces su reino sobre todas las criaturas. En todas partes la obra de la Iglesia y de la Gracia, y la difusión de los dones del Espíritu Santo. Y en todo tan grande elevación de pensamiento, tan íntimo convencimiento,

tan inefable sentimiento que pocos poetas cristianos podrán seguramente aventajarle.

Y terminó estos apuntes sin haber querido traducir sino muy por encima algo de los *Himnos Sagrados* de Manzoni, por temor de empañar el oro que en ellos resplande, dejando que se asome a mis labios un deseo: yo, que no leo con más gusto los "*Cantos*" de Leopardi en el original que en la traducción de Gómez Restrepo, cómo deseara que el eximio traductor de aquel poeta italiano, por muchos conceptos muy inferior a Manzoni, enriqueciera con la versión conceptos muy inferior a Manzoni, enriqueciera nuestra literatura, traduciendo igualmente a Manzoni. O que el Maestro Valencia vertiera, como sabe hacerlo, en el ánfora alabastrina de su poesía los Himnos del gran poeta lombardo; o que Rafael Maya, que heredó de Suárez la pluma con que aquél escribió su magistral oración a Jesucristo, hiciera sonar en nuestros oídos la lira manzoniana tan digna de ser conocida, sentida y admirada.

JUAN JARAMILLO ARANGO



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico